



La naturaleza como *coautora* de nuestra historia

Dr. Adrián G. Zarrilli

Cómo citar: Zarrilli, A. G. “La naturaleza como *coautora* de nuestra historia”, Artículos, *Abordajes*, DACSJyE-UNLaR, 2022, 10 (16) 74-89.

Fecha de recepción: 30/11/2022

Fecha de aprobación: 09/12/2022

Resumen

Cada sociedad desarrolla un vínculo específico con la naturaleza, a fin de lograr satisfacer sus necesidades. Las sociedades que las personas han creado, no hay duda, responden a la lógica de un ambiente *construido* (y por lo tanto no natural) de magnitud muy considerable; con espacios *naturales* cada vez más escasos. En ellas, lo que circula no es la vida, sino materias primas, productos industriales, contaminantes, recursos. La naturaleza es reducida a un ser inerte, a un mero apéndice del ambiente.

Las ciencias sociales y las humanas han considerado, desde hace muchas décadas, como una práctica dominante a las acciones humanas. Esta reflexión se elabora, a partir del reconocimiento de la importancia de argumentar respecto a lo necesario que resulta para dichas ciencias; explicar las causas y los efectos que tienen las acciones humanas en la naturaleza y las formas en que ésta impacta en las maneras de ser y estar en el mundo.

Palabras clave: ciencias sociales y humanas, sistema-mundo, capitalismo, naturaleza.

Nature as co- author of our history

Abstract

Dr. Adrán G. Zarrilli
CEAR-UNQ/CONICET
azarrilli@unq.edu.ar





Every society develops a specific relationship with nature with the aim of satisfying its necessities. Undoubtedly, the societies that people have created respond to the logic of a constructed environment (therefore, unnatural) of considerable size, with scarcer natural spaces. What works there is not life but raw material, industrial products, contaminating products and resources. Nature is reduced to an inert being, to a mere environmental appendix. For many decades, social and human sciences have considered human actions as a dominant practice. This reflection is elaborated from the recognition of the importance of having an argument about the necessities for these sciences; the explanation of causes and the effects that human actions have in nature and the forms in which this impacts the ways of being and be in the world.

Key words: social and human sciences, world system, capitalism, nature.

75

Introducción

Es evidente desde hace algunas décadas -aunque presente en la propia naturaleza del sistema capitalista- que no hay lugar en el mundo donde un profundo descontento no se manifieste. Frente al crecimiento de la inequidad social, los abusos de poder y a la destrucción de la naturaleza. Esto es, la conciencia socio-ambiental, crítica frente a estos procesos va en aumento. El modelo sostenido sobre el discurso del *desarrollo económico*, está en el origen de los desequilibrios. La complejidad de la crisis que recrudeció las últimas décadas, son el corolario de dicha lógica, a saber:

- 1) Una concepción del desarrollo que ha desdeñado las *externalidades* del modelo (los daños al ambiente y a la comunidad);
- 2) la idea de un que habitamos un planeta con recursos interminable;
- 3) la primacía concedida al valor de cambio sobre el valor de uso y
- 4) la identificación de la economía con la tasa de ganancia y la acumulación del

Dr. Adrán G. Zarrilli
 CEAR-UNQ/CONICET
azarrilli@unq.edu.ar



capital que genera por lo tanto formidables desigualdades económicas y sociales (Houtart, 2001, p. 65).

Este modelo que resultó en un desarrollo espectacular de la riqueza mundial, ha ingresado en una crisis estructural de su función histórica, por su carácter destructor de la naturaleza y por la desigualdad social que ha provocado. Se interpreta que los ejes de la vida humana en el planeta son cuatro: 1. la relación con la naturaleza; 2. la producción de la base de la vida (economía); 3. la organización colectiva, social y política y 4. la lectura y la expresión simbólica de lo real. Sin embargo, la crisis actual demanda una reflexión compleja (que va a la raíz) (Mészáros, 2008) y que expresa una reorientación profunda frente al paradigma a la base del capitalismo (Houtart, 2001, p. 65).

Cada sociedad, por lo tanto, desarrolla un vínculo específico con la naturaleza a fin de lograr satisfacer sus necesidades. Las normas jurídicas y los acuerdos sociales en general, así como la legislación ambiental en particular, determinan las reglas que permiten a los actores sociales acceder o hacer uso de los recursos. A su vez todas las sociedades modifican de una u otra manera la naturaleza, dado que viven en ella y extraen de ella los recursos necesarios para subsistir y crecer; sin embargo, las sociedades desarrolladas han llevado estas transformaciones hasta extremos que están provocando un proceso de degradación intenso, con fuertes elementos destructivos.

Las (nuestras) sociedades han creado, por otro lado, un ambiente *construido* (y por lo tanto no natural) de magnitud muy considerable, con espacios *naturales* cada vez más escasos, desde un punto de vista práctico; pero también conceptual, esta es la razón por la que -con mayor énfasis desde la segunda mitad del siglo XX- se ha hablado más bien de recursos que de ambiente. La naturaleza incorpora así la lógica del mercado y el lenguaje de la economía (Martinez Alier y Roca Jusmet, 2000, p. 15).

El ambiente representa una visión de la naturaleza de acuerdo con el sistema urbano-industrial. Todo lo que es indispensable para el sistema deviene en parte

Dr. Adrán G. Zarrilli
 CEAR-UNQ/CONICET
azarrilli@unq.edu.ar



del ambiente. Lo que circula no es la vida, sino materias primas, productos industriales, contaminantes, recursos. La naturaleza es reducida a un ser inerte, a un mero apéndice del ambiente. “Estamos asistiendo a la muerte simbólica de la naturaleza al mismo tiempo que presenciamos su degradación física” (Escobar, 1995, p.13).

Esta *economización* de la naturaleza se corresponde con la percepción dominante, que cosifica todas las dimensiones de la vida y las convierte en mercancías potenciales o reales. Existe hoy una creciente preocupación por los problemas ambientales, por cuanto ponen en peligro la viabilidad del sistema económico; de manera que se impone la necesidad de gestionar los *recursos* con precaución ya que no tienen un crecimiento ilimitado. Es decir, se trata de *economizarlos* porque son escasos y ponen en peligro que la tasa de beneficios pueda sostenerse.

77

Las ciencias sociales y las humanas han considerado, desde hace muchas décadas, como una práctica dominante la idea de ubicar las acciones humanas en una especie de *vacío*, como si la satisfacción de sus necesidades no obligara a los seres humanos a utilizar, manipular y transformar la naturaleza, y como si las acciones por ellos desarrolladas no tuvieran impactos decisivos sobre ella. Esta postura tan habitual en gran parte del mundo académico de las disciplinas sociales y humanas pone en evidencia una desconexión imposible de sostener entre la sociedad con sus fundamentos físicos-biológicos; en otras palabras, con el medio natural.

La mayoría de los dispositivos hegemónicos en las disciplinas humanas y sociales han sido, o son aún, subordinadas de la perspectiva que desde la modernidad separó al ser humano de la naturaleza, generando una invención antropocéntrica que aún perdura entre los intelectuales y en las líneas de pensamiento científico *supuestamente* más avanzadas del mundo contemporáneo.

Naturaleza y ciencias sociales: en búsqueda de la reconciliación

Dr. Adrán G. Zarrilli
 CEAR-UNQ/CONICET
azarrilli@unq.edu.ar



A partir del nacimiento de la ecología como campo disciplinar del saber a fines del siglo XIX, el interés por las interrelaciones entre los hombres y su medio ambiente físico fue creciendo de forma notable. Ahora, al ocupar el ser humano un lugar especial en el conjunto de los seres vivos, lo que nació como una rama de las ciencias naturales debió necesariamente complejizarse y admitir la injerencia de otras corrientes disciplinares; en el intento de explicar e interpretar las vinculaciones entre procesos sociales y dinámica ambiental.

Las posturas hasta ahora fueron diversas, desde aquellas que no distinguen diferencias entre lo humano y lo natural hasta aquellas que las definen como mundos que apenas se rozan, pasando por toda una serie intermedia de posiciones. Del mismo modo, esta problemática ha alcanzado un grado de desarrollo mucho mayor en el campo de las ciencias físicas y naturales, constituyéndose en lo que mayoritariamente se ha dado en llamar *ciencias ambientales*; donde el interés está puesto precisamente en el ambiente físico, siendo la relación con lo humano un aspecto -tal vez- secundario. Un progreso menor y en muchos aspectos escaso, ha tenido esta cuestión en el campo de las ciencias sociales y humanidades.

78

A lo que hay que agregar la emergencia de una gama muy diversa de conflictos ambientales, surgidos de la interacción de la sociedad en su proceso histórico con la naturaleza. Lo que ha potenciado las preocupaciones sobre dichas problemáticas, lanzando incluso serias advertencias acerca del futuro de la vida sobre el planeta. Si bien el interés por la relación sociedad–naturaleza se ha visto notablemente acrecentado a partir de estas coyunturas, el mismo se ha sesgado fuertemente hacia el estudio concreto de los impactos humanos sobre el ambiente y la forma de solucionarlos o, por lo menos, disminuirlos.

Pero la relación sociedad–naturaleza implica obviamente una mirada más compleja. Incluso en el análisis de los conflictos socioambientales, es escaso el desarrollo de investigaciones focalizadas en las formas y maneras particulares

Dr. Adrán G. Zarrilli
 CEAR-UNQ/CONICET
azarrilli@unq.edu.ar



INTERNATIONAL
STANDARD
SERIAL
NUMBER
ARGENTINA



que implementan las distintas sociedades y culturas su relación con la naturaleza y de las cuales devienen, precisamente, los conflictos ambientales.

Lo que sí abunda es el estudio de los conflictos, tomándolos como caso de estudio a partir de que se generan, sin profundizar demasiado en las conexiones causales constituidas fundamentalmente por procesos, estructuras y configuraciones internas de la propia sociedad; y de su interacción con la realidad natural. El estudio predominante en las ciencias sociales y humanidades de las relaciones y contradicciones en el seno de las sociedades deberá ser la base, indefectiblemente, para la comprensión de los procesos de articulación entre sociedad y naturaleza. También de los conflictos ambientales surgidos como consecuencia de esta interacción.

Es evidente que si estas cuestiones no despertaron un interés sustancial en casi ningún campo de las llamadas ciencias ambientales, lo harán en menor medida en el propio campo de las ciencias sociales y humanidades. En general las ciencias sociales y humanas -sin excepción- se sustentaron de forma casi literal en una base de fe incuestionable en el progreso humano. Por ejemplo, en el caso de la economía, esa perspectiva se concretó en el estudio de los factores que fomentaban el crecimiento económico. El liberalismo, y luego otras miradas que de allí se desprendieron, entendieron al hombre como una criatura insatisfecha que deseaba continuamente mejorar su condición terrenal.

El progreso social debía reflejarse en un incremento continuo de la riqueza material de la se beneficiasen todos los individuos, y la labor –en el ejemplo planteado del economista- debía centrarse en investigar en qué medida y de qué manera, ello, podía lograrse. En este marco, supeditado por la búsqueda prioritaria de la expansión material, era razonable que toda la inquietud sobre la posible degradación ambiental asociada al crecimiento económico permaneciera ignorada y fuera de lugar. La correspondencia entre naturaleza y sociedad se halló entonces ausente de la generalidad de teorías cuya raíz se hallaba en la ilustración.

Dr. Adrán G. Zarrilli
CEAR-UNQ/CONICET
azarrilli@unq.edu.ar





Desde este enfoque, resulta entonces ineludible e irremediable armonizar el conocimiento de las ciencias sociales con el sustrato físico y biológico. Las perspectivas ambientales que se están procurando desde el ámbito de este grupo de disciplinas (entre otras la historia, sociología, antropología, geografía o economía) posibilitan evidentemente cooperar en el logro de ese objetivo. Esta perspectiva restituye a la naturaleza todo lo que ello supone en lo profundo del saber científico, porque se cimienta en una renovada epistemología, en nuevas teorías y en metodologías diferentes; que modifican el contemporáneo fraccionamiento del conocimiento científico hegemónico y restablecen la ineludible unidad, que debe existir, entre las ciencias naturales y las sociales (Garrido; Gonzalez de Molina; Serrano; Solana, 2005, p.12).

80

En tal dirección, el humanismo de raíz y fundamentos marcadamente antropocéntricos instauraron el concepto modélico que, en asociación con la supremacía de formas capitalistas de producción y valorización, proporcionó lugar a una concepción de la riqueza desembarazada de límites físicos, capaz de *progresar* de manera ilimitada. Es así que el mecanicismo y el humanismo antropocéntrico se fraguan y al mismo tiempo son producto de esa eclosión, de la forma mercantil más poderosa, autónoma y abstracta que se ha conocido: el capital (Garrido; González de Molina; Serrano; Solana, 2005, p. 12).

La vinculación entre las teorías antropocéntricas y el desarrollo capitalista impulsó un argumento favorable para un modelo de racionalidad tecnocrática en la que la ciencia permaneció disciplinada, fundamentalmente a la actividad productiva. Estos soportes en la constitución y percepción de la realidad cimentaron las condiciones subjetivas, propicias para el surgimiento de una relación social con la naturaleza y considerablemente destructiva.

Paradigmas dominantes, *el progreso contra la naturaleza*

Los paradigmas dominantes en las ciencias sociales se fundamentaron en supuestos que magnificaron el progreso y que, asimismo, ponían a la ciencia al

Dr. Adrán G. Zarrilli
 CEAR-UNQ/CONICET
azarrilli@unq.edu.ar





servicio de la producción; dotando de autonomía autorreferente al desarrollo tecnológico (Garrido; González de Molina; Serrano; Solana, 2005, p. 13). En la Economía fue el crecimiento económico; en la Sociología, la modernización social con sus secuelas diversas; en la Historia, la justificación del Estado nación y del industrialismo.

El conjunto de las disciplinas sociales, resultaron también sometidas al objetivo común de la modernización capitalista; esto es, a la difusión del estilo de vida fundado en la revolución industrial. Frente a esta manera de apreciar y construir la realidad, fue que surgió el paradigma ambiental con una perspectiva acerca del carácter de la organización social fundado en la sostenibilidad. Propósito cuyo resultado obedece a la integración de diversos saberes científicos, y de entre ellos, las ciencias sociales, que deben sostener el ofrecimiento de formas de articularnos con la naturaleza que sean sostenibles. Este enfoque no significa una alternativa a la ciencia, sino una manera de proceder y de concebirla igualmente científica (Ballesteros y Perez, 1995, p. 15).

81

Dicha transformación conceptual está –paulatinamente- permitiendo construir una nueva teoría de las relaciones entre sociedad y naturaleza, de su principal objeto, de la evolución y del cambio; es decir, de los componentes fundamentales de cualquier ciencia social. No se trata, desde ya, de explicar todo desde la perspectiva ecológica, ni de eliminar las construcciones teórico-sociales anteriores; sino de mostrar cómo los procesos sociales tienen una base material y, al mismo tiempo, un impacto sobre esa base. El resultado de esa doble determinación es la necesidad de combinar la consideración ecológica de la sociedad con la consideración social de la naturaleza. Así, las ciencias sociales se reconcilian con el mundo físico-biológico, desde una perspectiva interdisciplinaria, horizontal y crítica.

La sociedad humana es un producto compuesto de la evolución natural y del proceso social; de allí procede su doble naturaleza. En consecuencia, las actividades específicas del hombre y, de manera característica, los procesos

Dr. Adrán G. Zarrilli
 CEAR-UNQ/CONICET
azarrilli@unq.edu.ar



productivos que componen la base de la riqueza y el progreso social deben reflexionarse desde esta perspectiva de integración dialéctica mutua: entre lo natural y lo social, aspectos que simultáneamente se confrontan y se identifican, pero donde el segmento social juega el papel determinante.

Como el ser humano depende de la naturaleza en la consecución de sus medios de existencia, irremediablemente entra en la múltiple red que interconecta la totalidad de los componentes bióticos y abióticos del sistema ecológico terrestre, pero con una característica específicamente diferencial respecto a los demás animales; como que -dada su posición social y racional- su situación no es pasiva, sino profundamente determinante.

La naturaleza devino en la era tecnológica moderna e industrial, en apenas una fuente de materia prima para la producción y para la utilidad mercantil. El sistema económico moderno sacrificó el ambiente, y con él al propio hombre, sin tomarse siquiera la labor de computar lo que esto cuesta en términos estrictamente económicos. Se constituyó de esta forma una auténtica ideología de dominación de la naturaleza que, ha sido y es, el sustento de un modo de producción. Cuyo afán de lucro y crecimiento irracional, ha provocado no sólo la miseria material de una parte sustancial del planeta, sino que ha conducido a la expoliación de la naturaleza, situando en peligro la vida de todos los sectores de la población humana y -en esta oportunidad- no sólo la vida de los más pobres.

En el estudio del cambio ambiental, las ciencias sociales interrelacionadas con el saber ambiental podrían construir el *justo medio epistemológico* entre una posición antropocéntrica y una ecocéntrica. Por supuesto que esta perspectiva de ninguna forma es sencilla, por el contrario; puesto que no sólo las ciencias sociales, sino todas las disciplinas científicas tienen una condición antropocéntrica. El desafío es construir un abordaje que supere la ya mencionada perspectiva antropocéntrica, que identifica al discurso histórico habitual, sin caer en los excesos de un determinismo ambiental. Uno de los roles de la historia ambiental en este contexto es, precisamente, el intentar la reconstrucción social

Dr. Adrán G. Zarrilli
 CEAR-UNQ/CONICET
azarrilli@unq.edu.ar





del ambiente a través del tiempo; articulándolo con los procesos de cambio ambiental.

En este sentido, las ciencias sociales deberían descentrar el objeto de análisis del específico del ser humano al ambiente, transformado por la acción antrópica en el devenir del tiempo. Este descentramiento epistemológico, conceptual y metodológico, puede permitir establecer la causalidad de procesos antropogénicos, con un fundamento en los procesos históricos y naturales. Desde ya este cambio epistemológico requiere que los científicos sociales se introduzcan en el mundo de los estudios biológicos; en un necesario intercambio interdisciplinar con los científicos naturales, sumando la dimensión ambiental a la temporalidad social. Podemos entonces pedirle a la ciencia social que pueda explicar los complejos lazos entre vida y medio ambiente a escala planetaria. El desarrollo de una ciencia nueva de la biosfera es el desafío para los próximos decenios. Si como lo entendemos, la vida y la biosfera son indisociables, nuestras disciplinas científicas también deberían serlo.

83

Por otra parte, es importante destacar que la periodización de cualquier proceso de cambio ambiental exige -cuando menos- la realización de dos cortes sincrónicos: uno al inicio del proceso diacrónico, el cual resulta un punto de arranque, para caracterizar la etapa inicial de cualquier proceso de cambio; el segundo, al final del proceso estudiado, es fundamental para evaluar la profundidad o alcance de los impactos del proceso analizado. Esta tarea no es nada fácil. Más aún, si se considera que el cambio ambiental es el resultado de procesos necesarios y contingentes y que, a menudo, los cambios ambientales rápidos ocurren simultáneamente; de manera concomitante o concurrente, con procesos de velocidad lenta que, de manera acumulativa, pueden derivar en cambios abruptos o inesperados.

Aunque las prácticas productivas puedan considerarse como los ejes articuladores del intercambio orgánico entre la sociedad y la naturaleza, la búsqueda de las mejores categorías para periodizar este eje todavía no termina.

Dr. Adrán G. Zarrilli
 CEAR-UNQ/CONICET
azarrilli@unq.edu.ar





En esta búsqueda destacan los planteamientos de varios autores, que parten del análisis del uso y apropiación de los recursos para explicar las transformaciones en las configuraciones de las relaciones sociedad-ecosistema; de las que se derivan las propuestas metodológicas de los “modos de uso de los recursos”, “modos de transformación”, “modos de producción” y “modos de apropiación de la naturaleza” (Toledo, 1981, p. 115).

Una propuesta que podría representar una alternativa es el Sistema Mundo Capitalista de I. Wallerstein, que explica los distintos sistemas históricos que la humanidad ha construido a lo largo de los siglos. Esta opción es afín al enfoque de larga duración que se ha propuesto. De acuerdo con este autor, el sistema capitalista ha sido la primera economía-mundo estable que incluye una multiplicidad de culturas, un sistema de diversos poderes políticos o Estados divididos y tres niveles de interacción y uso de los recursos naturales, entre ellos: el centro, la semiperiferia y la periferia (Wallerstein, 1995).

84

Esta propuesta, en la que el orden mundial es la base de la temporalidad de los procesos de las relaciones sociedad-naturaleza, remite a otras perspectivas de análisis como los ciclos de Kondratieff con sus fases de crecimiento y estancamiento, que impactan en las configuraciones sociales y -por supuesto- en las relaciones sociedad-naturaleza. Otro modelo para interpretar el cambio ambiental es el de las ondas logísticas, que muestran las relaciones entre el uso de la tierra y los cambios demográficos (Taylor, 1995, p. 14).

A su vez, esta perspectiva explora un abanico de posibilidades para diversificar sus fuentes de información. Además de la consulta de los archivos históricos, se busca establecer vínculos con disciplinas como la arqueología, la toponimia, la historia oral, la cartografía histórica, la climatología, la paleontología, la geografía histórica, las ciencias forestales, la agronomía, la ecología y la antropología. Estas fuentes, sumadas a las tradicionales de la historia (relatos, registros, informes, documentos legislativos, las artes literarias, entre otras), harían más sólidos los estudios histórico-ambientales (Castro, 2000, p. 24).

Dr. Adrán G. Zarrilli
 CEAR-UNQ/CONICET
azarrilli@unq.edu.ar



En este mismo tenor, no obstante la enorme riqueza que representan las aportaciones de otras disciplinas y la documentación de archivo, la historia ambiental debe profundizar en el trabajo de campo como una estrategia de validación de la información recolectada. Aquí resultan pertinentes los consejos de Carl Sauer (1977, p. 315), quien sostenía que llevar documentos fríos al terreno y volver a localizar lugares olvidados, para ver dónde la vida silvestre ha vuelto a tomar posesión de escenarios de vida activa, para notar qué migraciones internas de los habitantes y sus bases productivas han ocurrido, son actividades claves para la reconstrucción *in situ* de los procesos de cambio ambiental.

La satisfacción de las necesidades de las actuales generaciones sin menoscabos de las futuras se ha convertido en la distinción y pretensión involucrada en cualquier definición de sustentabilidad. Sin embargo, el modelo analítico para comprender e instrumentar tan delicada misión se ha constituido en un amplio debate. El modelo hegemónico ha emanado de la noción positivista de ciencia y de sociedad, desprendida del proyecto civilizatorio occidental; concretamente, de las premisas de la racionalidad económica.

Con ello, el problema ambiental generado por el tipo de desarrollo de tal esquema civilizatorio aspira a resolver técnica y objetivamente a partir del diseño de diversos instrumentos (por ejemplo, la ecoeficiencia, el mercado). En un sentido inverso, las ideas de sostenibilidad emergen como una proposición analítica dispuesta a incorporar la dimensión de los conflictos ecológicos distributivos y otros lenguajes de valoración de la naturaleza. Pero en esta coexistencia emergen diferentes orientaciones y prioridades analíticas, para explicar la cuestión de la sustentabilidad.

Gran parte de los miembros del pensamiento asociado a la sostenibilidad han interpretado, a esta diversidad, como un atributo inherente a su carácter interdisciplinario. Intentando dar cuenta de estos reconocimientos, podemos sostener que: la crisis ambiental es parte y producto de la crisis del proyecto civilizatorio occidental; dado el contexto sociocultural, ambiental y político

Dr. Adrán G. Zarrilli
 CEAR-UNQ/CONICET
azarrilli@unq.edu.ar



latinoamericano, el discurso ortodoxo de *desarrollo sustentable* muestra numerosas desigualdades para la comprensión e instrumentación de alternativas; y finalmente, perdura la necesidad de un análisis crítico y quiebre ideológico, político y epistémico que implica una parte importante del pensamiento verde con la racionalidad económica; porque es desde esa perspectiva donde se fundamenta el proyecto de civilización occidental y la noción ortodoxa de sustentabilidad, así como la contradicción estructural entre sociedad y naturaleza. Los resultados de este proceso muestran claramente una toma de posición respecto al compromiso con tres principios éticos fundamentales, que deben guiar el trabajo.

En primer lugar, el concepto de *Equidad intergeneracional*, esta cuestión implica no sólo un respeto por los procesos sociales y naturales que afectarán la supervivencia de la humanidad y la calidad de vida de futuras generaciones, sino también por la incorporación de las herencias de civilizaciones y generaciones pasadas, que tanto han contribuido a asegurar nuestro bienestar actual, y la posibilidad del planeta de seguir cobijando al género humano.

A su vez, la *Justicia social* es un segundo concepto clave. La cual requiere que inspeccionemos escrupulosamente nuestras acciones y propuestas a través de sus impactos distributivos y, especialmente, en términos de sus contribuciones para revertir la desastrosa tendencia de decenios recientes a reproducir y agravar la pobreza en numerosas partes del planeta, ampliando las grietas entre grupos sociales y entre naciones.

Y como tercera cuestión, la *gestión sustentable*, un tema que implica un deber de reestablecer y conservar los ecosistemas en que vivimos; la exigencia no sólo de asegurar una gestión ponderada de los recursos disponibles, sino también de replicar de modo consciente por los largos períodos de desatención o de plena rapacidad que han ayudado a incrementar nuestra riqueza colectiva; pero que han dejado un espacio de vida en crisis y al borde del colapso, vapuleado por

Dr. Adrán G. Zarrilli
 CEAR-UNQ/CONICET
azarrilli@unq.edu.ar



ecosistemas devastados, sociedades socavadas y crisis sociales cada vez más profundas.

Algunas reflexiones en torno a la reapropiación social de la naturaleza

A partir de lo planteado, son las cuestiones referentes al medio ambiente que es necesario abordar desde ópticas interdisciplinarias que involucren, en mayor o menor medida, las aportaciones de las ciencias sociales. Al respecto, es importante argumentar acerca de la importancia de que las ciencias sociales puedan explicar las causas y los efectos que tienen las acciones humanas en la naturaleza y las formas en que ésta impacta en las maneras de ser y estar en el mundo.

La construcción de su conocimiento, aunque valora las condiciones específicas del aquí y del ahora, está posiblemente sustentada en una lógica de la ganancia que poco tiene que ver con la sustentabilidad del hábitat en el que cultiva. Por ello es que –críticamente- se afirma que la falta de ambiente en el conocimiento se visibiliza después en la generación de problemas ecológico-ambientales.

Más aún, desde la óptica de la racionalidad económica dominante, las ideas tradicionales de lo que son cultura y desarrollo implican ganarle terreno a la naturaleza, antes que la convivencia armoniosa con ella. Por tanto, la modificación de los patrones de producción y consumo, depende de las representaciones culturales que se tengan de lo que es común, público y privado; desde la tierra hasta los animales que habitan en ella. Las reservas de biodiversidad, por ejemplo, contrario a la lógica capitalista, significan que éstas tienen un valor más allá de la propiedad privada.

La agroecología, la agroforestería, la bioética, la búsqueda del equilibrio entre la producción de entropía y las tasas de producción de biomasa; la contribución al ciclo del agua, la conversión del planeta en un gran colector solar, la conservación de corredores biológicos, la crítica termodinámica a la economía, los cultivos integrados, el desarrollo limpio, el ecodesarrollo, la ecología de la acción, la

Dr. Adrán G. Zarrilli
CEAR-UNQ/CONICET
azarrilli@unq.edu.ar

87



economía ecológica, la educación ecológica popular; el reconocimiento de la deuda ecológica, entre otras muchas acciones, son algunas de las propuestas que se han planteado para revertir los procesos de deterioro ambiental.

Para lograrlo, es importante reconocer que tradicionalmente el lugar del ambiente ha sido el no saber, lo no pensado. Lo que significa al ambiente como un constructo gnoseológico y epistemológico que refiere la externalidad, lo que está fuera de los sistemas y de los campos de conocimiento. Es, como fue señalado con anterioridad, un concepto rearticulador de lo no pensado.

Entonces, las ciencias sociales entendidas desde esta perspectiva, tienen como uno de sus propósitos facilitar la reapropiación social de la naturaleza; no en términos de la explotación de la que puede ser objeto, sino de la valoración de su potencial ecológico productivo. Cuestión ya considerada por los saberes tradicionales, precisamente cuando hablaban del principio de autogestión de las sociedades agrarias y de la productividad primaria de los ecosistemas naturales.

En síntesis, la propuesta es la reapropiación social de la naturaleza mediante una racionalidad productiva alternativa, basada en una epistemología sustentada en una articulación de procesos, la conjunción de distintos saberes y la interdisciplinariedad científica.

88

Bibliografía

- Ballesteros, J y Perez Adán, J. (1997). *Sociedad y medio ambiente*. Trotta.
- Castro Herrera, G. (2000), *Naturaleza, sociedad e historia en América Latina*. Clacso.
- Catton, W. R. & Dunlap, R. E. (1978). *Environmental sociology: a new paradigm*. *The American Sociologist*, volume 13, number 1, February.
- Escobar, Arturo (1995), “El desarrollo sostenible: diálogo de discursos”, en *Ecología Política*, 9, pp. 7-25.
- Garrido, F.; González de Molina, A.; Serrano, J.; Solana, J. (Eds.) (2007), *El Paradigma ecológico en las ciencias sociales*, Icaria.
- Houtart, F. (2001) “La mundialización de la resistencia y de las luchas contra el neoliberalismo”. En *Resistencias mundiales. De Seattle a Porto Alegre*, Seoane J. y Taddei E. (Ed.) CLACSO, pp. 63-69.

Dr. Adrán G. Zarrilli
 CEAR-UNQ/CONICET
azarrilli@unq.edu.ar



- Martinez Alier, Joan y Roca Jusmet, Jordi. (2000). *Economía ecológica y política ambiental*. FCE.
- Mészáros, I. (2008). *La educación más allá del capital* Siglo Veintiuno Argentina-CLACSO.
- Sauer, Carl (1967), "The Morphology of Landscape", en Leighly, John (ed.), *Land and Life: A Selection From the Writings of Carl Ortwin Sauer*. University of California Press, pp. 108-116.
- Taylor, J. P. (1995), *Political Geography. World-Economy, Nation-State and Locality*. Longman.
- Toledo, Víctor (1981), "Intercambio económico en el proceso productivo primario", en Leff, E., *Biosociología e integración de las ciencias*. UNAM, pp. 115-147.
- Wallerstein, Immanuel (1995), *La crisis estructural del capitalismo*, Editorial Contrahistorias.
- Zarrilli, Adrián. (2011). "Historia ambiental: nuevas miradas y perspectivas en la historiografía argentina". En Girbal Blacha, N y Moreyra, B. (comps), *Producción de conocimiento y transferencia en las ciencias sociales*, Imago Mundi, pp. 53-74.

Dr. Adrán G. Zarrilli
CEAR-UNQ/CONICET
azarrilli@unq.edu.ar